

ALFREDO LEFEBVRE

EL QUIJOTE DE LA CIENCIA-FICCION *

ESTA es una historia de la vida real, en la cual todo parece fantasía. El problema de contarla residiría en discernir el trigo verdadero de la cizaña ilusoria, y llegar así a cometer un acto semejante a la quemazón de los libros de caballería, practicado por el odioso párroco cervantino.

Algo transcribiré de los hechos. No dispongo de toda la documentación del caso. Pero a veces las cosas se saben, simplemente, y es necesario ocultarlas en parte, porque nuestra sensatez viscerotónica llama loco a cualquier caballero andante de causas inauditas.

Se trata de un físico atómico y del planeta Seraneb. Del astro no dispongo la determinación exacta en el mapa celeste. El investigador se llama Kirk Allen. Hacia 1959 habría trabajado en la base militar norteamericana de Livermore, con altos cargos. También hay un personaje de novelas de anticipación con ese nombre.

Allen fue enviado por sus superiores al psiquiatra Robert Lindner, autor de *Rebelde sin causa*, libro de psicología que inspiró la célebre película de James Dean. Allen no era colérico ni padecía

*Este trabajo tiene como fuente de información la versión francesa del asunto, publicada en la revista *Planète*, Nº 9, 1963, titulada "Le fabuleux voyage d'un atomiste", p. 123. Nuestras expresiones "realismo fantástico" o "movimiento Planète" corresponden a referencias de dicho texto. Muy posteriormente conocimos el original de Robert Lindner, *The fifty minute hour*, Banbam Books, N. York, 1961.

Ahora circula una traducción al español de dicho libro, bajo el nombre de *Relatos psicoanalíticos de la vida real*, ediciones Hormé, Buenos Aires, 1964. Ignorábamos la referencia a "The Jet-propelled Couch" de Lindner en *El mundo del Quijote*, de Richard L. Tredmore, Madrid, Insula, 1958, nota 24. Las interpretaciones nuestras nacen de la fuente señalada.

enfermedad clasificada en los cuadros del psicoanálisis. Digamos que rendía poco en su trabajo, porque gastaba mucho tiempo en soñar durante las horas de vigilia. No tenía ninguna especie de "delirio científico". Era un hombre joven, afable, con una dicción inglesa extraña, muy dulce, que reveló a Lindner esto: su paciente no nació en los Estados Unidos. De muy niño tuvo un ama polinésica; vivió soledades de infancia en un lugar del Pacífico, de cuyo nombre no tengo noticia. Y un día empezó a leer...

Deberé decir, sin ánimo de suspenso, cuál era la distracción que padecía el físico atómico. Algo así como estar viendo estrellas, pero algo más apasionante que pasarse en la luna: Kirk Allen vivía en otro planeta; y necesitaba esforzarse para permanecer más tiempo en éste. Entiéndase que no se trasladaba físicamente, al modo de ciertas novelas, en cohetes atómicos o naves de plasma.

Mucha gente en el mundo tiene iluminaciones, y no hace noticias ni usa instrumentales técnicos, porque se les magnetizarían. Las explicaciones de este fenómeno proporcionadas por el psicoanalista parecían insuficientes. Por lo demás, el mismo Lindner fue alterado por el atómico. Después del tratamiento le recordó siempre, hasta los días de su muerte, en 1960. Con él aprendió a mirar el cielo, no para ver al modo de Fray Luis de León, sino para soñar más allá de las estrellas, el prodigioso encuentro con otras humanidades.

Las sospechas más inquietantes permanecerán mientras no se estudien los escritos de Kirk Allen, si es que se conservan, redactados al modo de la escritura automática de los surrealistas, con informaciones técnicas sobre todo un imperio galáctico, como "Metabiología de los habitantes del valle", "Aplicación de la teoría del campo unificado a la propulsión hiperfotónica", "Planificación alimenticia de Seraneb", "Costumbres y prácticas sexuales de los cristópedos", "La fauna de Srom Olma I". No sabemos si éstos y otros innumerables escritos, como los de sus experiencias en el futuro, es decir, en aquellas regiones de años luz remotas, habrán sido destruidos cuando terminó el tratamiento, ya que Allen lo interrumpió declarando que había inventado todas las cosas durante las últimas sesiones, a causa del efecto que le estaba provocando al médico. Sin morirse a continuación, concluyó al modo de nuestro hispánico Quijote, renegando de sus caballerías ultraespaciales. He aquí lo que nos cuenta Lindner:

"Se detuvo frente a mí, al otro lado del escritorio, y me clavó los ojos con una mirada inquietante. —Le he mentado. —¿Mentado? ¿Y con qué intención? Se inclinó sobre el escritorio y volvió a tomar sus libretas de notas. —A causa de esto, dijo, y de eso —mostraba otros

papeles sobre mi escritorio— y de todas las tonterías con que le abrumo desde hace varias semanas. Todo esto no es más que mentira y nada más. Yo he fabricado todas las piezas... ¡Completamente todo! ¡Pura locura!

El psiquiatra experimentaba ante esas palabras una mezcla de decepción y de triunfo y más confusos sentimientos. A su pregunta sobre si también eran mentiras las expediciones... que él le encargó a Seraneb, Allen reiteró su fastidio y le afirmó: "Le digo que hace mucho tiempo que he renunciado a mi locura". Una nueva pregunta sobre por qué había fingido, trae la más perturbadora respuesta: "Yo sentía que era necesario, dijo él, tenía la impresión de que esto era necesario para usted". Parece ser que la psicosis se curó y la realidad se impuso. La realidad terrestre. No falta quién piense que Allen perdió el contacto...

Para la gente del movimiento *Planète*, el asunto no es tan simple. No es un caso único, ellos lo ven en relación con otros de "locos enciclopédicos", o mejor dicho, de "enciclopedistas inspirados", autores de textos sorprendentes e indecibles tanto como oscuros. Los de la "Cosmogonía de Urantia", los libros de Rudolf Steiner, de Willermoz o de la Blavatsky. Dentro de la historia de la literatura universal, ellos han escrito cosas ajenas a lo habitual, sobre "conocimientos muy ajenos y extraños a los que constituyen la adquisición paciente de la humanidad".

Así también sobre el planeta nuestro se encuentran muchos monumentos, cuya construcción y estilo sobrepasan las técnicas posibles del tiempo en que habrían sido erigidos. Ya va siendo un lugar común y cumbre de los mitos de nuestro tiempo, el suponer huéspedes del cosmos para explicar esas creaciones en la piedra terrestre; pero es bastante inédito aún el pensar en contactos con mentalidades del más allá, logrados del siguiente modo, según explica el realismo fantástico, a propósito del caso Allen: "Se imagina siempre el contacto con inteligencias extraterrestres de una manera infantil: un desembarco de seres bizarros. ¿Y si el contacto, o el ensayo de contacto fuese más sutil? ¿Si en cada generación de la humanidad se hiciesen tentativas sobre ciertos cerebros particularmente receptivos, para dictar un mensaje, siempre recibido muy confusamente? ¿Si esos "locos enciclopédicos" fuesen casos de telepatía con el infinito?"

Para evitar la sorpresa de este lenguaje *Planète*, el lector debe saber que hoy día hay cátedras universitarias en Europa y América del Norte de parapsicología¹, y que también se estudian cosas sorprendentes

¹En la Universidad de Chile ya hay un centro de estas investigaciones.

en torno a las ondas del cerebro, y hasta se practican experimentos de teletransportación de objetos, mediante la fuerza del pensamiento, sin necesidad de recursos yogas. En una revista francesa leí una prueba así: Un mecanismo a modo de mano sujeta un vaso. Es un artilugio adherido o vinculado a un brazo humano. La persona que opera, transmite a la máquina un pensamiento, sin pronunciarlo, pues, el aparato-mano no oye y el vaso cae, influido por la onda del cerebro del investigador. No sé más detalles.

Dentro de esta manera de entender cosas inusitadas, cuyo origen se debe a la intervención técnica y psíquica de seres inteligentes de otros mundos, si el carro del profeta Elías pudo ser un disco volador, el hecho de haber sido arrebatado San Pablo hasta el tercer cielo, en sus éxtasis y raptos, podría ser interpretado por los estudiosos del realismo fantástico, como contactos con otros universos. Véase la cosmogonía helenística y el lector sabrá a lo mejor en qué planeta estuvo, sin trasladarse, porque el mismo San Pablo no sabe si fue en cuerpo o fuera del cuerpo. Y oyó "palabras indecibles". Ese rapto se identifica más bien con el otro, en que llama "paraíso" al lugar de su visión. Las interpretaciones son varias y no se oponen al valor teológico de "revelaciones del Señor", que le asigna su autor, porque la libertad absoluta de Dios no le dispensa a El de la materia, sino al contrario, le permite usar de su creación entera, lo que de ella desee, de tal modo que para la operación redentora usó la materia orgánica y el Verbo se hizo carne en el vientre de María. Pablo de Tarso dirá de todas sus experiencias aludidas, en la carta segunda a los Corintios: "¡Dios lo sabe!"

Tratemos de acercar a nuestra sensibilidad la hipótesis de los contactos interestelares y restarle el desagrado que algunos experimentarán por su cariz de extravagancia o por su aire "delirante". Para este efecto es atinado considerar algunos puntos reductores, tales como los siguientes: Vivimos con zonas enormes de ignorancia sobre el mundo y las disciplinas humanas y científicas; carecemos de sensibilidad cósmica para entender siquiera los hechos que se viven; nunca cogemos unidad suficiente para mirar el pasado, el presente y el futuro, imbricados; apagamos toda intuición sobre las intercomunicaciones entre cuerpo y alma; jamás manejamos armonía entre nuestras facultades, ni jamás nos esforzamos para mirar más allá de las oposiciones ideológicas del mundo moderno; creemos todavía en distinciones abismales: razón e imaginación, sin relacionarlas, por cierto; nunca adivinamos la espiritualización de la materia hasta llegar a pensar en el extremo alucinante de los cuerpos gloriosos, según experiencia escriturística del pen-

samiento católico, con una primera y una segunda resurrección; en forma inversa, no sospechamos ciertos parpadeos corpusculares que engendran los fenómenos puramente espirituales. Y mientras la poesía se escapa de los libros de los hombres, hoy debemos buscarla haciéndonos "contemporáneos del futuro".

Esto le sucedió al físico Kirk Allen. Vivió en el presente un futuro intergaláctico, ya por alguna psicosis, ya por escapismo, ya por ciertas alteraciones de la infancia, o quizás, por causas no identificadas, porque si examinamos los datos que tenemos, las confesiones suyas a Lindner, se nos forma un espectáculo capaz de hacernos mirar de nuevo la hipótesis interestelar de su experiencia, esa historia de un hombre que vivió en dos mundos a la vez, Senareb y el planeta Tierra, y se trasladaba en cuerpo o fuera del cuerpo.

Todo empieza como en la obra de Cervantes. En un lugar del Pacífico, de cuyo nombre no logro informarme, vivía el chico Kirk Allen, con sus padres. Abandonos maternos, crianzas de nodrizas polinésicas, extrañezas de ser el único niño blanco entre los isleños, iniciación sexual precoz, y lo más grave de todo, empezaron un día las lecturas, y con ellas la recreación del mundo por obra y gracia de una imaginación exacerbada. Si a Don Quijote le sucedió una identificación con los héroes de caballería, algo semejante le va a ir sucediendo al joven protagonista de nuestra historia, de un modo pavoroso. Del siguiente modo:

Hacia los nueve años, un desarrollo superior de su naturaleza le permitió ponerse en relación con toda clase de libros y devorarlos con lecturas sucesivas, que poco a poco lo iban enajenando del medio isleño, y le fijaron una especie de destino. La alteración se inició en torno a los once años. Se sorprende de una novela, escogida al azar por él, de autor inglés reputado, cuyo personaje principal se llamaba Kirk Allen. Un homónimo. Luego leyó unos ensayos con meditaciones varias, de corte filosófico, de autor norteamericano; el fenómeno vuelve a repetirse: aparece en dicho libro una figura que otra vez se llama como su lector. Algún tiempo después leyó una novela de ciencia-ficción, y cual no sería su estupor al volverse a encontrar con que el héroe del relato era Kirk Allen. Pero me equivoco; no se sorprendió de esta tercera coincidencia. Oigamos su testimonio:

"Creo que yo esperaba esto, más o menos. Y cuando la cosa se produjo, fue como si yo lo hubiese sabido siempre, y me venía a encontrar con lo que había sido perdido".

Son tres curiosas coincidencias; aún más inesperado es el temple psíquico mediante el cual se introduce en la aventura ficticia de su

homónimo, este superman de serial novelesca del tipo popular de ciencia-ficción. La lectura ávida de los sucesivos tomos, con ese ánimo de lo ya visto, engendró en el joven la siguiente situación identificante, más grave que el simple vivirse en el héroe:

“Mientras leía, en esas obras, los relatos de aventuras de Kirk Allen, aumentó mi convicción de que no sólo esas historias eran verídicas hasta en el menor detalle, sino que ellas *me* concernían. En cierto modo, por fantástica e inexplicable que sea la cosa, *yo sabía que lo que estaba a punto de leer era mi propia biografía*. Nada me era extraño en esos libros: todo lo reconocía, las escenas, las gentes, los amoblados de las habitaciones, los acontecimientos y aún las palabras pronunciadas; reconocía todo esto con esa sensación familiar que se prueba al entrar a una casa, en la cual se ha vivido antes, o hallar a un amigo perdido de vista. Todo el asunto, si usted quiere, era una larga, única y casi interminable experiencia de “lo ya visto”, palabra que le será corriente en psicoanálisis. Desde entonces, mi vida diaria comenzó a pasar a planos más y más remotos. De hecho, ella llegó a ser la Ficción, mientras que aquellos libros llegaron a ser mi Realidad. Le dedicaba una atención mínima a los asuntos de la vida cotidiana tales como el cuidado de la conservación, la alimentación, el estudio, los desplazamientos en la isla, porque eso era el sueño. La vida real, *mi* vida real, se encontraba en los libros. En ellos vivía: allí donde se encontraba mi ser verdadero”.

Lindner agregará a esas declaraciones de Allen: “Así, mientras su apariencia física continuaba llevando una existencia terrestre, la esencia vital de su ser se encontraba muy lejos de aquí, en otro planeta”.

Un día la serie de novelas sobre su homónimo o de él mismo se acabaron. El protagonista fue abandonado por su autor, pero aquel no pretendió buscarlo, al modo de la obra de Pirandello, ni practicó ninguna de esas formas de rebelión de personajes, no increpó a Unamuno como Augusto Pérez en *Niebla*, ni se sintió inexistente como el héroe del *Amigo Manso*, de Galdós. Le ocurrió algo más notable: Se encarnó definitivamente en un hombre de carne y hueso. Pasó de la ficción a la realidad de este mundo, de los libros a la existencia mortal. Pero no queda en esto el asunto.

Kirk Allen, persona y personaje a la vez, viviendo entre dos planetas, entre dos mundos paralelos interferidos, se entregó a continuar los relatos, a cubrir con su pluma las zonas no escritas más allá de lo no dicho por su autor. Ya lo tenemos viviendo en los Estados Unidos y llevando vida de universitario. Se destacó por sus disposiciones para los estudios científicos. Llegó de diecinueve años y seguía con la crea-

ción literaria de sí mismo, con su autobiografía. Lo portentoso no es la mera imaginación que despliega, si se tratara sólo de dotes para la fantasía. Lo sorprendente reside en el sentido que le dio a ese inagotable historial de sí mismo que va inventando con un acento temporal perturbador. Digamos que se doctoró, que tuvo obligaciones de investigador y de carácter militar. Al fin de la guerra mundial segunda fue liberado de esas tareas. Parece ser que colaboró en la bomba atómica H. Viaja con una beca un año al extranjero. Realiza investigaciones de su especialidad. Al regreso colabora en un proyecto secreto en la base X. Hay una etapa en que su labor autobiográfica se intensifica. Hay un día en que empieza a escribir toda clase de asuntos como enciclopedista de unos mundos distintos al nuestro para alcanzar explicaciones necesarias de su propia historia; pero es preciso saber cómo llegó a entregarse a esos escritos y cómo entendía él lo que le venía a la mente y lo redactaba, partiendo de la manera cómo comprendió en relación con él, aquellos libros de ciencia-ficción, que llegó a leer como autobiografía:

“Como le he dicho, adquiriré la convicción de que los libros me concernían. Me parecía como recordarme todo lo que ellos hablaban. Me persuadí de que esas obras habían sido compuestas en el Futuro, por lo tanto, para mi propio gobierno, enviados en el presente por un procedimiento particular”.

Llegué a desarrollar la noción de una coexistencia de dimensiones temporales, que se traducían en una especie de triple simultaneidad “pasado-presente-futuro”, lo que hacía concebible el hecho de llevar una existencia ordinaria, guardando la completa posibilidad de *recordar el Futuro*”.

Lindner acota que esta noción de traspasos temporales es difícil de explicar, pero señala que es uno de los tópicos de los autores de ciencia-ficción. Entiendo que la primera tentativa de hacer reversible el tiempo, se da en la novela *The Time Machine*, de Wells, con un viaje al futuro; esta obra ha engendrado toda una variedad de comprensiones de “la medida del movimiento”; por lo demás, semejante fantasía se impone como un hecho real a los que especulan con viajes siderales; sin entrar al análisis de este problema en sí, la situación práctica ofrecería alteraciones temporales a primera vista fabulosas. Bástenos señalar que si mañana los aviones comerciales entre nuestros continentes aumentan sus velocidades, se puede partir de Santiago en un día viernes y llegar a Roma el día anterior. Ahora, un viaje más allá de la tierra ofrece perspectivas más desconcertantes. El físico Jordan señala estudios sobre estas cuestiones, “a fin de despejar las extremas

contingencias dentro de los límites de las leyes físicas". Y comenta que "las leyes de la teoría de la relatividad prevén fenómenos de los más raros para el caso de que logremos construir aeronaves interplanetarias cuya velocidad se acerque a la de la luz: Así, sus viajeros apenas envejecerían durante un viaje cuya observación sobre la tierra abarcaría un siglo".

En *El corazón de la serpiente*, novela de Iván Efremov, destacado autor soviético, se dramatiza aquella situación. Los cosmonautas van en una nave de "pulsación", y cada "salto" en el espacio representa una cantidad millonaria de años-luz; buscan una estrella de carbono, por razones de estudios; pero lo que nos interesa es esto: los personajes sufren la angustia de comprender que cuando vuelvan a la tierra, habrán transcurrido siete siglos, y ellos no se hallarán en las formas de la vida que entonces se practiquen, y "hasta los biznietos de nuestros hermanos habrán dejado de existir..." "El hombre no es una mera suma de conocimientos sino también una complejísima arquitectura de sentimientos, y en esto nosotros, que hemos experimentado ya todas las dificultades de un largo viaje por el cosmos, no seremos peores que los hombres del futuro..." Deliciosa visión ingenua, fundada en la creencia de un progreso indefinido y en el apartamiento de las nociones del pecado original, como, por lo demás, es muy común a novelistas de ciencia-ficción, incluso de países capitalistas.

Advertido este aspecto espacio-temporal de las futuras aventuras interplanetarias, o mejor dicho, intergalácticas, es preciso comprender que el proceso de integración temporal de Kirk Allen era sin traslado físico, sin naves cósmicas, pero contenía la yuxtaposición rarísima del tiempo que vendrá y el presente, con un desplazamiento, sí, perturbador de la mente, el cual viene a ser análogo al corpóreo, según las mejores teorías.

La experiencia psíquica ordinaria nos puede ajustar más la comprensión de estos fenómenos. Ella nos pone en la mano situaciones, lugares, presencias, personas, que nos parece haber vivido antes, en un pasado que es memoria de un presente. En el famoso drama de J. B. Priestley, "I have been here before", se aprecia nítidamente el proceso. El doctor Görtley, uno de los personajes, decide situaciones dramáticas en la obra, porque él sabe de antemano la actuación de los que le rodean:

"En esta libreta hay ciertas constancias de estados mentales y súbitos recuerdos sumamente insólitos. Algunos se me presentaron como sueños clarísimos. Son pequeñas escenas, claras y vívidas. En las más precisas, no sólo recuerdo lo que vi, sino lo que se dijo... En este

recuerdo, en este sueño, si prefieren, me encontré a mí mismo un año o dos mayor de lo que soy, pero en mi situación actual: un exilado que vive en Londres"... El resto de su parlamento revela al público que había "recordado" una vez lo que éste ha visto desarrollarse en escena: una historia de amor atormentado. El problema del tiempo en esta obra ofrece otras particularidades psíquicas, pero hemos querido ilustrar en un ámbito más natural la situación única de Kirk Allen, de tal manera que la afirmación: "un hombre que vivió en dos planetas" no aparezca con el rostro del delirio, sino dentro de una comprensión vecina a estados normales, cuyo fundamento es una raíz del psiquismo que no constituye desvío. De hecho, no llegó el "paciente" a manos del psiquiatra, como un perturbado, ni jamás expresó la necesidad de sanarse. Razones prácticas de rendimiento en la base X, de investigaciones atómicas secretas, lo llevaron a ser examinado por Lindner.

Oigamos cómo explica al experto en complejidades del alma su recuerdo del Futuro: "Mi primera preocupación fue, pues, recordarme. Comencé por poner a punto, primero en mi espíritu, después por escrito, bajo forma de cartas geográficas, de cuadros genealógicos, etc., todos los datos suministrados por el autor de mi "biografía". Una vez que este trabajo fue llevado a cabo, el simple ejercicio de mi memoria me permitió corregir los errores, añadir de nuevo numerosos detalles y colmar las lagunas entre volúmenes sucesivos de esta "biografía".

Durante el transcurso de este amplio, acucioso y extenso trabajo, podemos imaginarnos años de la vida de Allen, marginado de convivencias terrestres, sumido en esta rara tarea, de miles de páginas, entregado a sí mismo, pero en su persona futura, y en otro mundo, con más ánimo de dialogar en *olmayen*, una lengua de otras estrellas, que en el inglés nasal de sus compañeros de trabajo. Vino un cambio de situación, cuando concluyó de ordenar el contenido de aquellos libros de caballería sideral; en tales páginas el físico es un héroe, un príncipe dueño de todo un imperio galáctico.

"Al cabo de algún tiempo, revivir mi futuro terminó por abandonarme un poco y comencé a plantearme cuestiones sobre lo que le iba a suceder a Kirk Allen —o mejor, hablando desde mi propio puesto de observación—, sobre lo que le *había sucedido*, a partir del momento en que se detenía la "biografía" debida al autor. Una de las mayores dificultades al respecto, fue lograr la distinción entre la Imaginación y la Memoria. Esto requería una disciplina mental espe-luznante. Descubrí que, siempre, un pequeño detalle "cojeaba", cuan-

do era mi imaginación la que trabajaba, mientras que, cuando yo *recordaba*, se ajustaba todo sin la menor falla”.

Este procedimiento, situado en la naturaleza **misma** del paciente, y que consiste en escribir recordando, es una forma particularísima de la videncia poética, que si en estos escritores que Pauwels llama “Enciclopedistas iluminados” consiste en saber por la memoria, en otros es proceso de adivinación, como cuando Breton escribió con mucha anticipación: “Y la juventud francesa no sabe lo que le ocurrirá el año 39”. Vino la Segunda Guerra Mundial. Y en otros es estrictamente profecía, como en David, escribiendo, en el Salmo 21: “Han taladrado mis manos y mis pies. Contaron todos mis huesos. Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica”. Había anunciado y descrito la crucifixión del Cristo. No faltan los que soñaron poemas y en la vigilia los recordaron, como el famoso caso de Coleridge y las estrofas de Kubla Kan, interrumpidas por un visitante.

Viene al caso evocar un verso de Teófilo Cid que cita Braulio Arenas. El verso viene a la postre a celebrar a la perra Laica, que dio vueltas alrededor del planeta, metida en un satélite artificial, antes de los vuelos humanos. El poeta hablaba de “una perra lamida por el éter”.

Nuestro recordante del futuro suyo, al separar imaginación de memoria, en el acto de escribir, va a entrar a una zona francamente de genuina videncia poética:

“Profundizando esa técnica, llegué a ponerme sumamente hábil para hacer la distinción entre la realidad de mis recuerdos del Futuro no registrados, y las excursiones imaginarias a las cuales yo estaba demasiado inclinado. Durante numerosos años me consagré a esta empresa. Tomaba notas cuidadosamente, todo lo consignaba por escrito, sin omitir ningún detalle. A mi regreso de Europa, el asunto tomó un cariz nuevo”. He aquí cómo:

“Una noche, poco tiempo después de mi destinación a la Base X, estaba a punto de alzar un plano de un territorio explorado por Kirk Allen, durante una expedición sobre el planeta de otra galaxia. No podía ‘visualizar’ los detalles con claridad, en el mismo momento en que me acordaba haber sobrevolado el territorio a baja altura y tomaba vistas estereoscópicas. Igualmente me acordé haber ordenado esos documentos en un clasificador del palacio de mi planeta de origen. Pensaba en esas malditas fotografías, enterradas allá, donde nadie más que yo podía acceder. Y pensaba “si solamente... si solamente pudiese estar allá, en el mismo instante iría derecho a abrir

ese clasificador y examinaría esas fotografías"... Apenas había dejado de expresar aquel pensamiento, cuando en mi ser entero repercutió la respuesta: "¿Y por qué no?". Al mismo instante, yo estaba efectivamente en el lugar deseado. Todo esto se cumplió en el espacio de algunos minutos, y yo me encontraba delante de mi tablero de dibujo, en el cuerpo de vuestro servidor. Pero sabía que la experiencia había sido efectiva. Tenía de prueba el recuerdo detallado de las fotografías que ahora podía ver tan nítidamente como si ellas se encontrasen todavía entre mis manos y el hecho es que no tuve la menor dificultad en terminar el mapa.

"Estaba conmovido hasta los entresijos de mi ser. No podía comprender cómo me había sido posible atravesar la inmensidad de los espacios, de hacer estallar las estructuras del Tiempo, para identificarme con ese otro Yo, "llegar a ser" literalmente el Yo lejano y futuro, del cual, hasta el presente, no había hecho más que recordarme la apariencia. ¿Soy yo detentador de una herramienta psíquica particular? ¿De algún órgano único, o de lo que Charles Fort llamaba un "talento salvaje"? Después de aquella noche paso la mayor parte del tiempo dedicado a ser el Kirk Allen del Futuro. En todo instante, cualquiera que sea el lugar en que me encuentre, en medio de mis ocupaciones, si quiero ser este Kirk Allen, lo soy al momento. En cuanto a 'Kirk Allen II', mi Yo Futuro, yo vivo su propia vida. Y cuando vuelvo a mi Yo presente, traigo los recuerdos que me permiten poner al día los documentos que guardo".

"Mi existencia aquí se desarrolla en un ritmo que usted llamaría natural. Cuando soy el Kirk Allen del Futuro, el tiempo se acelera como si se le comprimese".

A Robert Lindner le hicieron tanta impresión las confesiones de esa vida entre dos planetas del físico atómico, que el libro donde relata esa historia, junto a otras de su experiencia de psicoanalista, se titula *La hora de cincuenta minutos*; pero la cifra no representa una idea de ciencia-ficción ni tampoco de relatividad einsteniana; no es "comprensión del Tiempo", sino la duración de las sesiones de psicoanálisis, del mismo modo que las clases pedagógicas y las conferencias prudentes no deberían pasar de 45 minutos, o sea, una hora de clase.

Lo que sucedió después entre ambos especialistas tan diversos es bastante patético. Desde luego, el médico se sorprendió de que su paciente tuviera el convencimiento de que era completamente normal, y de hecho gozaba de una salud mental excelente; según el psiquiatra, ese modo de seguridad es rarísimo en las enfermedades

mentales. Además, Allen creía en la autenticidad de sus aventuras. Lindner resolvió leer la fabulosa documentación de Allen, para abrirse otro acceso al alma del paciente; al fin era un método y un modo de identificarse con la personalidad discutible del paciente. El riesgo fue grande; a la postre le reveló que su propio equilibrio psíquico no era tan pleno, porque empezó a interesarse totalmente por el contenido de los escritos de Kirk, no sólo las aventuras en la remota galaxia sino las enciclopedias de esos mundos, que sumaban miles y miles de páginas, con toda suerte de dibujos, estudios, grabados y mapas celestes. Los 200 capítulos biográficos, dice que se leían como cualquier novela de ciencia-ficción. Pero notó ciertas fisuras, alguna incoherencia, errores geográficos, y esto le dio pauta para abrir un camino de curación, en el cual él iba casi a contraer la enfermedad, si puede hablarse así. Le pedía a su paciente que, para precisar algún dato, hiciese una excursión a Seraneb, por caso. Volvía el príncipe de la galaxia con la información requerida, y mientras más se repetían estas situaciones, Lindner padecía más y más ansias de saber el resultado y hasta especulaba por su cuenta, a fin de solucionar la dificultad propuesta. El también vivía en el otro planeta, bajo la magia de una fascinación, la del mundo creado por Allen, o... verdaderamente participado, hasta que sucedió, un día de ansiosa espera por unos datos referentes a tipos étnicos olmayenses, habitantes de la galaxia de su amigo, lo que sabemos de final quijotesco.

Este caballero andante de los espacios siderales renegó de sus andanzas.

No vamos a comentar más esta extraña alteración, provocada al fin por la lectura de las novelas de ciencia-ficción, salvo que hay un margen suficiente de normalidades y analogías con otros procesos como para quedarse perplejo, así como quedó el psiquiatra, sin definitivas certezas, y con un hondo recuerdo, como el que evoca al final de las páginas que le dedicó a este quijote de la fantasía científica:

“Desde hace muchos años, no he vuelto a ver a Kirk Allen, pero a menudo sueño con él y en los días en que juntos recorriamos las galaxias. Su imagen llega a obsesionarme, en ciertas noches de verano sobre Long Island, cuando el cielo, recubriendo Penicoc Bay, se encuentra todo estremecido de estrellas. Y, a veces, al alzar los ojos, me sonrío a mí mismo y murmuro: ¿Cómo andan las cosas en Seraneb?”

Bien pudo agregar, y en la lengua en que se cultiva el realismo fantástico, con más precisión, al evocar a Kirk Allen: “Il est né sous une heureuse planète”.